



Historia de una pasión revolucionaria: Hipólito Etchebéhère y Mika Feldman, entre la Revolución Rusa y la Guerra Civil Española.

Horacio Tarcus

La vida de esta pareja de militantes izquierdistas condensa de una manera asombrosa la historia de la primera mitad del siglo XX: desde su participación en Insurrexit en Buenos Aires a las huelgas de la Patagonia, del Berlín previo al ascenso de Hitler al París del Frente Popular y de allí a tomar un lugar en el frente en la guerra civil española, su pasión los lleva a seguir el curso de la revolución por donde quiera que pase. Su historia puede leerse, en primer término, como un relato de amor pasional que rememora aquel entre John Reed y Louise Bryant evocado en el film *Reds*. Es, también, una experiencia que hace a la historia cultural argentina, por su ubicación en el universo intelectual de la reforma universitaria, la recepción de las ideas socialistas y libertarias, y la emergencia de las vanguardias literarias en los años '20. Además se trata de una historia política, que atraviesa desde el eco argentino de la revolución rusa, la aparición del comunismo vernáculo y la Semana Trágica, hasta la Europa que se debate entre la crisis, la revolución y la contrarrevolución. La historia de los Etchebéhère es, por último, parte ignorada pero sustancial de una historia generacional aún por estudiar: la de la camada argentina de 1917 que, nacida a la vida política en tiempos de esperanza y utopía, pronto se verá enfrentada a las más duras pruebas: el fascismo, el stalinismo y una nueva guerra mundial. "Ahora, hablo con vos del pasado. Me lavo la cara, me peino, preparo el mate, y cuando me miro en el espejo, recuerdo palabras, muertos, sueños, las promesas, las derrotas, las hambres diversas... Sean sabios y, acaso, piadosos. Caminen sobre nuestros huesos: somos puente" (Andrés Rivera, *El verdugo en el umbral*).

Este trabajo es un tramo de una investigación mayor sobre una generación político-intelectual argentina. Reconstruye la historia de algunos de aquellos hombres y mujeres nacidos en las postrimerías del siglo XIX o los albores del XX, cuya juventud estuvo marcada por la aversión al belicismo militarista, la esperanza en la revolución rusa y el entusiasmo de ser partícipes de una reforma universitaria de dimensión continental. Es la generación influida inicialmente por las ideas anarquistas, pero que —revolución rusa mediante— acaba por descubrir el marxismo; aquella que, formado su gusto en la estética modernista, comienza a interesarse en la experimentación de las vanguardias artísticas.

Cuando la esperanza revolucionaria se apagó en Europa y comenzaron a emerger los fascismos, cuando el movimiento de la reforma universitaria se



empantanó y cobraron fuerza el nacionalismo y el militarismo en Latinoamérica, muchos de ellos sintieron amenguar esos fervores juveniles. Figuras como Jorge Luis Borges o Conrado Nalé Roxlo, tomarán distancia de la política, consagrándose para siempre a la literatura (Borges nunca va a editar *Los salmos rojos*, salvo un puñado de poemas avanzados a algunas revistas de España y Argentina; y Nalé, que también escribió en su momento un canto a la Rusia de los Soviets, dejará en su *Borrador de memorias* un recuerdo nostálgico de aquellos años)¹. Otros, como Ernesto Palacio o Ramón Doll, renegarán de sus ideales de juventud y engrosarán las huestes del nacionalismo.

Pero el ala más politizada y radicalizada de la generación persistió, más allá del reflujo social, participando de diversas experiencias colectivas, sea en el proceso de constitución del movimiento estudiantil, o en el de la clase trabajadora argentina, de sus formaciones sindicales, políticas e intelectuales. Las décadas del '20 y del '30 son testigos del apogeo de la actividad de escritores politizados como Roberto Arlt, Elías Castelnuovo y Raúl González Tuñón, reformistas como Aníbal Ponce, Deodoro Roca y Julio V. González, socialistas de izquierda como Ernesto Giudici y comunistas como Rodolfo Ghioldi. Sin embargo, además de estas figuras relativamente mejor conocidas, forma parte activa de esta generación otra franja que también persistió en la militancia política más allá de los '20, pero sin encontrar un espacio estable en los partidos de izquierda; su concepción de la política, de la acción sindical o de la organización partidaria fue siempre mucho más "basista", "espontaneísta" y radical que las que sostenían socialistas o comunistas. Influidos por el anarquismo primero y el marxismo después, su pensamiento tendió a mantener un aliento heterodoxo y libertario. Sus nombres, hoy olvidados, apenas resuenan en el recuerdo de algunos viejos militantes: son Hipólito Etchebéhère (1900-1936), Mica Feldman (1902-1992), Francisco Piñero (1901-1923), Héctor Raurich (1903-1963), Angélica Mendoza (1889-1960), Cayetano Oriolo (1890-1930), José Paniale (c.1900-c.1980), Mateo Fossa (1896-1973), Manuel Fossa, Manuel Guinney (c.1900), Luis Koiffmann (1900-1978), Liborio Justo (1902), Luis Franco (1898-1988), Samuel Glusberg (1898-1987), José Gabriel (1898-1963), Carlos Liacho, Horacio Badaraco (1902-1946), José Boglich (c.1890-c.1944). El mayor de todos será Pedro Milesi (1886-

¹ El joven Borges, según su propio testimonio, "todavía era anarquista, librepensador y pacifista". El libro que destruyó antes de volver de España en 1921 se llamaría *Los salmos rojos o Los ritmos rojos*, "una colección de poemas —quizás veinte— de alabanza a la Revolución Rusa, de la fraternidad y del pacifismo" (Borges, 1974: 9). El testimonio de Nalé está en *Borrador de memorias*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1978, espec. pp. 20-22.



1981); los menores, Antonio Gallo (c.1913-c.1990) y Francisco de Cabo (1910-1997).

No se trata de una corriente política o intelectual con alto grado de cohesión interna, institucionalización y continuidad. Si bien casi todos ellos se conocieron entre sí e interactuaron unos con otros en tal o cual momento, fracasaron a la hora de construir una revista de relativa duración o un partido de cierto arraigo. Sus ideas radicales, sostenidas con opciones de vida consecuentes con ellas, se vieron sometidas a duras pruebas en tiempos de crisis, reflujos sociales o represión. En esos momentos dramáticos, además de las presiones externas, se vieron atravesados por enfrentamientos políticos², contradicciones internas, querellas personales. Sin embargo, desde el presente es posible distinguir su relativa comunidad intelectual, política y generacional, *reconstruir* a través de cortes y discontinuidades esa tradición de marxistas libertarios.

Hay entre ellos diferencias de formación e inserción social: algunos son obreros con una militancia gremial relevante —como Milesi, Oriolo, Fossa—, uno de ellos un reconocido dirigente agrario (Boglich), otros estudiantes de acción reformista (el grupo Insurrexit), periodistas de profesión (Liacho, Koiffman), escritores (Franco, Piñero), y hasta filósofos o intelectuales marxistas de cierto calibre (Raurich, A. Mendoza, Gallo). Los primeros son obreros intelectualizados, pero la mayoría son intelectuales de extracción pequeñoburguesa que buscan aproximarse al mundo obrero. Hay quienes provienen de familias acomodadas (Etchebéhère, Badaraco, Justo), aunque la mayor parte proviene de humildes familias inmigrantes. Obreros o intelectuales, tienen una misma pasión por conocer y hacer, por entender y subvertir. Sin duda, el mayor o menor acceso al mundo de los bienes simbólicos fue motivo de tensiones y conflictos internos: si bien están inmersos en un clima epocal de socialización del saber (bibliotecas o universidades populares, cursos gratuitos de divulgación científica, grupos de estudio, ediciones populares, etc.), los más intelectualizados a menudo hacen jugar su poder sobre los trabajadores menos intelectualizados (por ejemplo, por el acceso diferencial a los libros y revistas en idioma extranjero o a los centros político-intelectuales de la

² Algunas de las tensiones que los recorren a menudo los dividen entre: libertarios vs. autoritarios, comunistas vs. trotskistas, trotskistas ortodoxos vs. poumistas (partidarios del POUM español), pro-liberación nacional vs. anti-liberación nacional, entristas vs. antientristas, defensasistas (de la URSS en tanto Estado Obrero ante agresiones capitalistas) vs. antidefensasistas (la URSS, indefendible, devino otra forma de explotación y opresión social).



época: Moscú, Nueva York, París o México). Los obreros, por su parte, suelen defenderse con reacciones anti-intelectualistas³.

Sin embargo, es posible distinguir hoy una franja generacional, cuya actuación pública más significativa se desarrolla en un período histórico preciso (1917-1943), y que intenta construir una identidad en torno a una concepción de la política, de la cultura y de la vida que aquí llamaré “marxista libertaria”. Este sector se movió en un espacio intermedio entre, por un lado, el marxismo oficial, identificado con la ideología dominante en la URSS desde mediados de los años ‘20, y por otro, sus críticos anarquistas. Se diferencian de los anarquistas doctrinarios por su adhesión a ciertos enunciados del marxismo clásico (rol del Estado en la transición al comunismo, defensa de la “dictadura revolucionaria” o de la acción política del proletariado), pero sin embargo tienen una concepción de la política como movilización y autoorganización de las masas, desconfían del parlamentarismo y entienden a los acontecimientos soviéticos o incluso leen a Lenin desde una perspectiva fuertemente consejista y antiautoritaria (Insurrexit). Muchos provienen del anarquismo (Etchebéhère, Milesi, Franco) o son anarquistas influidos por las alas más radicales del marxismo (Badaraco, el más excéntrico de este espacio, es un entusiasta lector de Rosa Luxemburg y Víctor Serge). Y los que provienen de tradiciones socialistas marxistas, desarrollan un pensamiento y una sensibilidad antiautoritarias ante la degeneración burocrática del comunismo. Llegados los ‘30, casi todos adherirán al trotskismo, aunque la historia de esta heterodoxia marxista argentina, si bien se vincula al primer período de emergencia del trotskismo, lo antecede en el tiempo y además, lo excede en sus definiciones teórico-políticas⁴.

³ Un ejemplo puede encontrarse en la Izquierda Comunista Argentina, el primer núcleo de oposición trotskista escindido en 1929 de las filas del PC de la Región Argentina, dirigido por J. Penelón. Constituida enteramente por trabajadores manuales, la llegada de un obrero intelectualizado como Pedro Milesi no tardó en generar el primer conflicto interno. Otro ejemplo de este antiintelectualismo, casi paradigmático, lo ofrece el tranviario trotskista de origen yugoeslavo Miguel Medunich Orza, autor de unas memorias desencantadas cuyo título habla por sí mismo: *Los intelectuales de izquierda vistos por un obrero*, Buenos Aires, Astral, 1970.

⁴ Las corrientes trotskistas nacidas en los años ‘40 (morenismo, posadismo, “izquierda nacional”), no sólo ignoraron la experiencia de esta generación, sino que se instituyeron como un trotskismo “político”, “proletario”, “efectivo”, en contraposición al supuesto trotskismo “literario” y “diletante” de los ‘30. La historiografía del trotskismo, que no ha alcanzado hasta hoy en la Argentina un rango crítico, repite la historia mítica generada por las respectivas corrientes, que ignoraron, cuando no despreciaron los esfuerzos de estos hombres y mujeres. Osvaldo Coggiola (*Historia del trotskismo argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1985) reitera, apenas corregido, el juicio lapidario con que en los años ‘30 y ‘40 los sentenció Liborio Justo, uno de sus exponentes. Ernesto González y colaboradores (*El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Buenos Aires, Antídoto, 1995, t.1) se limitan en el capítulo correspondiente a ilustrar la frase fundacional con que el líder de su corriente, Nahuel Moreno, marcaba el antes y el después entre el trotskismo previo y el que nacía con él: “el trotskismo



La historia se mostró severa con esta franja de la generación del '17, sometiéndola a duras pruebas en lo político y lo personal. En el plano mundial, a la esperanza de los años de la primera posguerra siguió un fuerte reflujo social y político, coronado con la burocratización del proceso ruso, el triunfo del fascismo italiano, la derrota de la comuna húngara, el ascenso de Hitler en Alemania. Otra luz de esperanza se encendió en España en los '30, pero la cruenta guerra civil que le siguió y el triunfo de los nacionalistas significó otra derrota profunda. La denuncia de la política stalinista durante los procesos de Moscú o de sus efectos nefastos durante los acontecimientos de la guerra española dio a esta franja cierto margen de legitimidad e intervención político-intelectual ante los sectores más críticos y receptivos del movimiento obrero, los estudiantes o ante la opinión pública en general. Pero con el estallido de la segunda guerra, y especialmente desde que la URSS ingresa en ella, el marxismo oficial adquiere una legitimidad casi absoluta dentro del campo aliado. La extrema tensión mundial que significa la guerra oscurece los "matices": hay dos bandos en pugna, y poco, casi ningún espacio, para terceras posiciones. Los revolucionarios españoles (particularmente anarquistas y poumistas) quedan desde 1939 reducidos a la impotencia, dispersos por Europa y América. Trotsky es asesinado en México en 1940 por un sicario de Stalin. Serge muere olvidado, en la misma ciudad, siete años después. La legitimidad de la URSS tras la derrota del nazismo, no sólo entre los izquierdistas, sino incluso entre demócratas y liberales, ha crecido aún más. La estabilidad del capitalismo de posguerra condena cualquier discurso catastrofista a la marginalidad.

En el plano local, las presiones en contrario también fueron devastadoras. Los ecos de la revolución rusa, la irradiación de la reforma universitaria y las luchas obreras de fines de los años '10 y principios de los '20 son, ya lo dijimos, el bautismo de fuego de esta franja generacional (por citar tres ejemplos: los insurrexistas son estudiantes reformistas atraídos por la revolución; Etchebéhère y Badaraco son hijos de familias adineradas que renuncian a su clase tras la experiencia de la Semana Trágica; Angélica Mendoza es una maestra de provincia

de aquellos años era una fiesta" (p. 78). En mi libro sobre la generación del '17 mostraré la enorme ceguera y mezquindad de estas evaluaciones, destacando los aportes político-teóricos notables de esta generación, su meritoria contribución a la difusión de la cultura socialista y marxista críticas, así como sus fracasados pero abnegados intentos político-organizativos. Insistamos que todo esto fue realizado en momentos de reflujo social, de crisis política, de grave desorientación, de represión, esto es, de gravísimo riesgo histórico, en un momento — como diría Benjamin— de peligro. Los '30, en la Argentina, no tuvieron nada de fiesta. Parte de esta reparación histórica la adelanté en un subcapítulo de *El marxismo olvidado en la Argentina (El Cielo por Asalto, 1996)*. V. tb: J.J. Sebrelí, "El pensamiento perdido: H. Raurich", en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997; Jordán Oriolo, *Antiesbozo de historia del Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1994, 2 vols.



que se politiza con la huelga mendocina de la enseñanza de 1919). Pero en los '20 el movimiento reformista se empantana, el radicalismo se estabiliza en el gobierno, las luchas obreras refluyen. El PC, nacido en 1918, vive sumido en una crisis interna a lo largo de toda una década. La militancia de muchos de ellos en este partido será breve: ingresarán hacia 1923 y romperán en 1925/26 intentando dar vida al efímero Partido Comunista Obrero. Con el golpe militar de 1930 se abre una etapa de represión sobre el movimiento obrero y la izquierda, sufriendo muchos de ellos duros años de prisión (Badaraco el anarquista y Milesi el trotskista van a hermanarse en el penal de Usuhaia, A. Mendoza va a parar a la Cárcel del Buen Pastor, Oriolo va a morir joven a causa de prisiones y torturas), pero también se inicia un ciclo intenso de luchas sociales y de reorganización sindical y política. Algunos de sus protagonistas animan los pequeños grupos políticos trotskistas de los '30, que tienen corta vida. La represión policial, así como la intensa campaña stalinista contra los disidentes (política, pero también físicamente agresiva), hace difícil su continuidad. Los que buscan una vida política más activa recurren a una táctica "entrista" en el Partido Socialista. Otros se repliegan a la actividad intelectual (cenáculos de estudio y debate, edición de libros y revistas). A principios de la década del '40, aún los intentos político-organizativos más ambiciosos de crear corrientes de izquierda por fuera del PS y el PC han fracasado, desde la experiencia del Partido Socialista Obrero (socialista de izquierda) a la del PORS (Partido Obrero de la Revolución Socialista, de orientación trotskista). El golpe militar de 1943 y la irrupción del peronismo terminó de sellar la suerte de esta franja generacional, que no se reconocerá en el movimiento obrero recompuesto desde entonces bajo la tutela estatal.

La década del '40 nos muestra a esta franja generacional en su declive. Algunos habían muerto en los '30, en plena juventud (Oriolo, Etchebéhère); unos pocos emigran a los Estados Unidos (A. Mendoza, A. Gallo) o a Europa (M. Feldman). Otros sucumben a las enormes presiones de la época, absorbidos o neutralizados por el sistema dominante (el último Raurich, atrapado por la ideología de la guerra fría, o José Gabriel, devenido un fervoroso peronista oficialista); Badaraco, a punto de morir, acepta que una parte de los militantes de su grupo se incorpore al PC. Liborio Justo se repliega a su labor de escritor e historiador. Otros se dispersan, se pieden sin dejar rastros. Sólo unos pocos sobrevivientes alcanzarán a experimentar la nueva ola de radicalización social de los años '60 y '70: Mateo Fossa es en los '70 activo militante entre los jubilados y colabora con el Partido Socialista de los Trabajadores; Pedro Milesi, radicado en Córdoba, llega a ser presidente de honor de la Mesa de Gremios Clasistas, está vinculado a Poder



Obrero, y hasta se atreve a regañar al mismísimo Agustín Tosco, quien tenía el mayor respeto por el “Viejo Pedro”. De algún modo serán una suerte de puente entre las dos generaciones de luchadores clasistas.

Es, en suma, en varios sentidos, la franja más golpeada de su generación, la que no logra cuajar en ningún proyecto político duradero, la que se opone radicalmente a los existentes, la de los que han sido llamados rebeldes, impugnadores, transgresores, revolucionarios, subversivos, aguafiestas, inconformistas, verbalistas, aventureros, ultraizquierdistas, excéntricos, marginales... Han sido perseguidos por las fuerzas represivas, pero también marginados, calumniados y agredidos por las fuerzas hegemónicas de la izquierda. Una vez desaparecidos, no tienen cabida en las historias oficiales u oficiosas de la izquierda o del movimiento obrero; no hay fuerzas políticas o intelectuales que los continúen o que los rescaten. Fracasados sus proyectos, dispersas sus fuerzas, el proceso simbólico de legado a la generación siguiente, propio de las corrientes que mantienen su continuidad, se ve abortado.

Fueron derrotados, pero en tanto ala izquierda de un movimiento y de una estrategia revolucionaria que fue derrotada. Son, pues, los derrotados entre los derrotados, los olvidados entre los olvidados. Fue fácil desde los movimientos izquierdistas hegemónicos otrora (socialistas, comunistas, populistas) ironizar sobre su marginalidad, sus extravagancias, sus interminables querellas internas, sus flaquezas o su mismo fracaso. Sin embargo, la pérdida de su legado no es sólo una enorme injusticia histórica en relación a la intensidad de estas vidas y la riqueza de sus experiencias. La tragedia de esta franja generacional de revolucionarios se vuelve contra cualquier proyecto de re/crear un socialismo libertario, si no somos capaces de demostrar que la historia de la izquierda no es sólo una historia de sumisión a dogmas, de intereses burocráticos y de ambiciones de poder. Si esta última es parte de la historia que los izquierdistas debemos asumir y criticar, también es cierto que no ha sido todo. Al lado de esas, hay historias de enorme lucidez intelectual, compromiso ético y pasión revolucionaria, como la que vamos a narrar.

En el ala izquierda de la Reforma Universitaria

El Grupo Insurrexit, hasta hoy apenas una confusa mención en los libros de historia del movimiento estudiantil, pertenece más al orden mito que al de la historia. Sin embargo, a juzgar por las referencias que encontramos en fuentes de la época, así como por las personalidades que pasaron por las páginas de su revista, puede inferirse que no pasó inadvertido a sus contemporáneos. Incluso su nombre



fue retomado por otro grupo, más de una década después, homenaje que, por otra parte, contribuyó a hacer todavía más confusa la historia. No faltan quienes confunden el primer *Insurrexit* (1920-1921), un emprendimiento independiente, de cuño marxista libertario, con el segundo *Insurrexit* (1933-1935), que editó un periódico del mismo nombre y que fue vocero de los universitarios comunistas (y sus compañeros de ruta), inspirado por Héctor P. Agosti, y por donde hizo su paso el joven Ernesto Sábato⁵. Es que no es sencillo disipar las brumas que se ciernen sobre *Insurrexit*. Primer y principal obstáculo: todavía no ha podido reconstruirse una colección completa de su revista. Segundo: ninguno de sus mentores vive aún y para peor, algunos de los que vivieron hasta hace unos pocos años, no querían recordar el radicalismo de su juventud⁶.

En junio de 1918 emergía en Córdoba la Reforma Universitaria. A escasos seis meses, había estallado la revolución socialista en Rusia y su onda se expandía al resto de Europa. La fracción internacionalista del Partido Socialista iba a fundar el Partido Socialista Internacional, que poco después iba a llamarse Partido Comunista de la Argentina. Entre los intelectuales radicalizados, emerge la figura de José Ingenieros, respaldando a los jóvenes reformistas y señalándoles el camino abierto por los "maximalistas rusos". Entre los sectores izquierdistas del estudiantado surge un fermento libertario, donde caben y se entrecruzan Reforma Universitaria y revolución social, clasismo y juvenilismo, socialismo y antiimperialismo, científicismo y romanticismo, Lenin y Kropotkin, Henri Barbusse y Almafuerce, Ingenieros y Lugones. *Insurrexit*, vocero del ala más declaradamente izquierdista de la Reforma Universitaria, está animada por este espíritu, propio de fines de la década del '10 y principios de la del '20 (a fines de esta década, dicho universo habrá estallado: el reformismo universitario, incapaz de darse una expresión política, sufrirá un importante retroceso; el amplio arco de apoyo a la experiencia soviética, por su

⁵ El trabajo más documentado de historia del movimiento estudiantil en la Argentina (A. Ciria/H. Sanguinetti, *Los reformistas*, Buenos Aires, J. Alvarez, 1968) menciona brevemente al grupo *Insurrexit*, reconociendo que la bibliografía al respecto "es escasa". Pero atribuye al primer *Insurrexit* figuras del segundo (como Angel Hurtado de Mendoza y Paulino González Alberdi).

⁶ En los años 70, el poeta y crítico Eduardo González Lanuza, por entonces colaborador habitual de *Sur* y *La Nación*, se negó rotundamente a recordar esa experiencia ante los requerimientos de Emilio Corbière. Poca gracia le habrá hecho el soneto recordatorio de Enrique Espinoza: "En el año veintitantos tus donaires/ primeros conocí en la extrema izquierda./ ¿Quién del grupo *Insurrexit* hoy se acuerda/ dentro y fuera de nuestro Buenos Aires?[...] Tú, González Lanuza en *Sur* ahora,/por Gandhi a lo pacífico inclinado,/el insurrecto no eres ya de otrora...". Enrique Espinoza (Samuel Glusberg), *La noria*, Buenos Aires, Losada, 1962: 20.



parte, se encorsetará cada vez más dentro del “marxismo-leninismo”, quedando fuera desde entonces la vocación romántica y los anhelos libertarios).

El primer número de *Insurrexit. Revista Universitaria* apareció el 8 de setiembre de 1920. Según su editorial, el nombre viene del latín, *insurgo*, y su sonoridad sugiere a sus editores “la presencia de una rebeldía reflexiva, seria, decisiva”, donde “palpita la impaciencia” y estalla la pasión... En la primera página, el rosarino Francisco Piñero, estudiante de abogacía, cuestiona “el viejo derecho”. Una encuesta interroga a Leopoldo Lugones y a Alfredo Palacios. Unas páginas después, Carlos Lamberti, estudiante de medicina, presenta unas nociones elementales de la teoría marxista, mientras la siguiente reproduce breves frases de Rafael Barret y de Kropotkin. Eduardo González Lanuza publicó allí los sonetos de los que no querría acordarse medio siglo después: “Sé optimista ante el pájaro que canta/[...]/Y ante el triunfo de las alboradas/porque a despecho de los Torquemadas/La verdad se abre paso por el mundo”. Breves recuadros buscan interpelar la conciencia social de los jóvenes: “Estudiante: usted va a formar el mundo del mañana. Lea las nuevas teorías sociales y medite. ¡Medite!”.

El espíritu de la revista se mueve entre el comunismo anárquico y el marxismo libertario. Donde cabe, incluso, un leninismo leído en clave libertaria, antiparlamentarista y consejista. Recordemos que, especialmente en sus primeros años, la experiencia soviética atrajo la atención de muchas corrientes anarquistas. El compromiso crítico de los anarquistas con la Unión Soviética concluye en 1921 (aplastamiento del movimiento machnovista, insurrección de Kronstadt), pero importantes núcleos libertarios en todo el mundo siguen con expectación la experiencia del país de los soviets, e incluso otros —los “anarco-bolcheviques”— la apoyan de modo entusiasta. Los jóvenes del Grupo *Insurrexit* se mueven dentro de este espectro, sin adherir por el momento al recién creado PC, pero con vínculos con los “terceristas” del PS: el ala izquierda, pro Tercera Internacional, que lideró Enrique del Valle Iberlucea. Juan Antonio Solari, “tercerista” por breve tiempo, colaborará estrechamente con *Insurrexit*.

No tienen vínculos orgánicos con el anarquismo doctrinario e incluso se publica una autocrítica del anarquista Robert Minor, “Mi opinión ha variado” (nº 4, 5 y 6), que llama a comprender mejor y a apoyar a la Rusia de los Soviets. Su referente internacional es un nucleamiento intelectual, el Grupo Clarté (Claridad), que desde París inspiran los escritores Henri Barbusse y Romain Rolland, y cuyo lema era: “Hagamos la revolución previamente en los espíritus”. Del campo intelectual local, *Insurrexit* mantiene relaciones fraternales con *Cuasimodo*, la



revista que dirige el intelectual “anarco-bolchevique” Julio R. Barcos, y, del otro lado de la cordillera, con *Juventud*, el órgano de la Federación de Estudiantes de Chile.

Insurrexit informa y fija posición ante los conflictos estudiantiles, aunque su “misión” parece dictada por la necesidad de comprometer a la juventud con la “cuestión social”, de promover la “unidad obrero-estudiantil”: “¿Qué es cada uno de ustedes? Vamos a ver. Un traje entallado, un zapato Walk-Over, una corbata, otras chucherías... Todo a cargo de papá o mamá. [...] Compañeros universitarios, que hacen caso al vigilante y a la historia, ‘liguistas’, nacionalistas, futuros médicos, abogados, ingenieros, filósofos, aspirantes a oficiales de reserva, dirigentes futuros, escuchen, al abrirse de nuevo las facultades, nuestra palabra: ¡Viva la revolución rusa! ¡Viva la revolución social! ¡Viva el comunismo!” (“La Universidad”, editorial del n° 7, marzo 1921). Interpelaciones semejantes a los estudiantes dirigen en sucesivos números Hipólito Etchebéhère, Nicolás Olivari, Carlos Machiavello, Francisco Piñero y Julio R. Barcos. Otros temas recurrentes de la revista son las realizaciones sociales de la URSS; la literatura social (Barbusse y Rolland, Almafuerte y Barret) y, finalmente, la situación social y política argentina (Leónidas Barletta propone una central sindical única, una nota anónima informa sobre el congreso socialista “tercerista”, otra sobre la celebración del 1° de Mayo...).

En el n° 4, la estudiante de odontología Mica Feldman cuestiona doblemente la política de las sufragistas: en primer lugar, porque no han comprendido que mientras no haya revolución social no habrá emancipación de la mujer; y en segundo lugar, porque los derechos políticos, el voto y el parlamento no conducen a la emancipación anunciada: “Buena muestra es la política masculina para tratar de formar partidos políticos femeninos”, argumenta la joven de 18 años. Hipólito Etchebéhère, estudiante de ingeniería, escribe en casi todos los números: contra la guerra (n° 1), por la extensión de la revolución rusa (n° 3 y 4), sobre “La certeza del triunfo”: pasando revista de la crisis social y política en Europa, concluye: “La situación revolucionaria existe en todas partes. La Revolución Social llega. Es más, está realizada ya en Rusia. En eso se basa nuestra fue inquebrantable, racional” (n° 9).

Estos jóvenes universitarios parecen haberse atraído la simpatía de algunas figuras de la generación anterior. Hemos dicho que Lugones y Palacios responden a su encuesta. Además, muchos escritores ceden sus originales o incluso escriben expresamente a pedido de los jóvenes: Arturo Capdevila publica allí “La tierra”, una crítica de la propiedad privada; Alfonsina Storni no sólo colabora con sus versos, sino que reflexiona “En la encrucijada” de la civilización moderna (n° 4); Herminia Brumana anticipa una serie de relatos (“Chafalonías”, n° 7) y Horacio Quiroga envía



dos colaboraciones, una de ellas un alegato antibelicista (“La propaganda post-guerra”, nº 9). En el nº 7 se da a conocer también una carta que les dirige desde Francia el mismísimo Barbusse: “Mis compañeros de París, de otras partes y yo, estamos, absolutamente, de corazón y de espíritu con ustedes”.

El Grupo Insurrexit

Si poco se sabe de la revista, más misterioso aún es el colectivo editor, autodefinido: “Grupo Universitario Insurrexit, comunista antiparlamentario”. Fiel a su programa, la revista no tiene director. Un aviso advierte: “Se responsabilizan absolutamente de ella, cada uno y todos los del grupo”. Hoy es posible conocer la estructura del grupo siguiendo los avatares de la vida de dos sus líderes, Hipólito Etchebéhère y su compañera Mika⁷.

Mica Feldman había nacido el 14 de marzo de 1902 en la colonia judía Moisés Ville, de la Provincia de Santa Fe. Sus padres, rusos judíos, llegaron a la Argentina huyendo de los pogroms algunos años antes de su nacimiento. Por entonces, su padre enseña idish en la colonia que había contribuido a fundar el Barón Hirsh. Algunos años más tarde, la familia se traslada a Rosario, donde prueba suerte instalando un pequeño restaurante. Siendo niña, Mika escucha los relatos de los revolucionarios fugados de Siberia o de las cárceles rusas. No es casual que a los catorce años, mientras cursa en el colegio nacional de Rosario, aparezca adherida a un grupo anarquista de esa ciudad (Maitron) y que luego, junto a Eva Vivé, Juana Pauna y otras militantes libertarias, integre la Agrupación Femenina “Luisa Michel” (Doeswijk, 1998, s/p).

Pero en 1920 se instala en Buenos Aires para cursar la carrera de Odontología y es entonces que se liga al grupo Insurrexit. Un extraordinario testimonio inédito de Mica Feldman a un corresponsal argentino, al que recurriremos a menudo, nos permite hoy vertebrar toda esta historia.

Estamos en setiembre de 1920. Dos rosarinos como yo, Francisco Rinesi y Francisco Piñero, que conocen mis ideas por haberlas yo manifestado siendo estudiante en el colegio nacional, vienen a verme para informarme de la fundación de Insurrexit y pedir mi adhesión. Por ser ambos hijos de familias burguesas, no di crédito inmediato a la seriedad de la empresa, reservando mi respuesta hasta saber mejor las finalidades del grupo. Al cabo de una semana volvieron los dos jóvenes en compañía de Hipólito Etchebéhère, cuya imagen, ese día, nunca se me borró de la memoria. Alto, delgado, de tez muy clara, ojos de un raro color

⁷ En Europa, ella misma trocará la grafía de su nombre Mica, por Mika. A ello se debe que cuando cito de fuentes argentinas transcriba literalmente “Mica” y cuando cito fuentes europeas transcribo “Mika”. Lo mismo vale para Etchebéhère, que en Europa recupera sus tildes: Etchebéhère.



gris azulado que le iluminaban extrañamente el rostro, llevaba un chamberguito de alas redondeadas vueltas hacia arriba, plantado en mitad de la cabeza como una aureola. Habló largo rato, sin énfasis, exponiendo sus ideas con una claridad ejemplar, una fuerza [y una convicción que hacían difícil] no creer en lo que él creía. Jamás he vuelto a ver en la vida un ser tan luminoso. Y no me ciega el amor que nos unió durante dieciséis años, hasta la hora de su muerte. Todos aquellos que lo conocieron dicen como yo (M. Etchebéhère, 1973: 4).

Sobre el líder de Insurrexit, la propia Mika trazó en la misma carta un perfil que merece transcribirse *in extenso*: “Hipólito Etchebéhère —su nombre era Luis Hipólito Ernesto— nació el 8 de marzo de 1900 en Sa Pereira, Provincia de Santa Fe, de padres franceses: padre vasco, madre oriunda de Burdeos. El padre vino a la Argentina en calidad de técnico y se ocupó de la instalación del teléfono en la provincia de Tucumán. Familia de clase media, los dos hermanos mayores de Hipólito se ocuparon de cine en los albores de este arte en la Argentina... Hipólito siguió estudios en la Escuela Industrial de la Nación, recibiendo de técnico mecánico. Su paso por algunas fábricas lo puso en contacto con la condición obrera y así nacieron los primeros elementos de una opción que habría de marcar para siempre su existencia...

Llega así el año 1919 con su semana trágica del mes de enero. La huelga de Vasena paraliza la metalurgia. La revolución rusa exaspera el antisemitismo de los reaccionarios. Por entonces todavía se llamaba rusos a los judíos. Entre Paso y Junín, de Corrientes a Tucumán, vive ‘la rusada’. La gentuza responsable de los disturbios obreros, causante de la lucha que llevan los obreros de Vasena en una huelga que por su magnitud y firmeza hace temblar a la burguesía y desata el frenesí argentino de la Liga Patriótica de Carlés. Detrás de los niños bien que forman la tropa de la Liga Patriótica, entra al barrio de los rusos el escuadrón de seguridad. Para escarmiento de esos bolcheviques subversivos que venden arenques salados y pepinos, son sastres o carpinteros, los jinetes del escuadrón arrastran entre sus caballos, atados por la barba a los viejos, uncidos a las monturas de los jóvenes. Las calles se manchan de sangre. Teníamos entonces de presidente a Hipólito Irigoyen.

Hipólito Etchebéhère vive con su familia en un gran edificio que creo existe aún en la esquina de Corrientes y Pueyrredón. Desde el balcón ve pasar a los ‘cosacos’ haciendo marchar a sablazos a los crucificantes... En esa ‘semana trágica’ de enero que quedó en los anales de la represión argentina como un hito sangriento, Hipólito Etchebéhère entró en la revolución como otros entran en una orden religiosa: por siempre, hasta el último latido de su corazón, con un odio lúcido y razonado, alerta siempre, afilado cada día, tenso como la cuerda de un arco listo para disparar contra ese orden social absurdo, rapaz y asesino.

Sus primeros pasos de militante fueron anarquistas. En los días que siguieron a la ‘semana trágica’ escribió afiebradamente un folleto dedicado a los vigilantes, que tenía por título ‘Escucha la verdad’ y lo fue repartiendo a los policías que hacían guardia en las calles. Pocas horas después estaba en la cárcel por delito contra la seguridad del Estado. Por ser hijo de una familia bien



considerada, tuvo el honor de escuchar los consejos del jefe de policía y la suerte de no ser mandado al presidio de Ushuaia. Cuando salió en libertad abandonó la casa familiar para no comprometer más a los suyos. Comienza entonces para él una vida difícil. Dura poco en los talleres donde entra a trabajar, a causa de la propaganda revolucionaria que difunde entre los obreros. Vive en altillos prestados, come algunas veces en casa de su madre, otras veces no come. Consigue dos o tres lecciones particulares que ni siquiera sabe hacerse pagar, pasa largas horas en la biblioteca del Partido Socialista leyendo a Kropotkine, Proudhon, la *Historia de la Comuna de París* por Lissagaray, con el afán de adquirir los elementos teóricos que habrán de cimentar su fe de revolucionario, buscando al mismo tiempo voluntarios para iniciar una acción colectiva (M. Etchebéhère, 1973: 1-3).

El grupo se reúne en asamblea todos los sábados por la noche en el local de la Federación de Empleados de Comercio, Suipacha 74 de la Capital. Suelen participar, además de los redactores de la revista ya citados, el futuro lingüista Angel Rosenblat, la maestra y narradora anarquista Herminia Brumana y el joven peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, exiliado entonces en Buenos Aires. La revista es financiada a través de la actividad del grupo, con la ayuda de la maestra (entonces directora de escuela) Carolina Gómez Cabrera, tía de Piñero. En las reuniones se debaten cuestiones políticas, se planifica la revista y se organizan charlas y cursos para dictar en ateneos y sindicatos. Las principales demandas provienen de los anarquistas. Sin embargo, recuerda Mika: “La revolución rusa, catalizadora de rebeldías, nos planteaba la necesidad de abordar el marxismo” (M. Etchebéhère, 1973: 5). Es así que los días domingo un grupo de lectura vuelve a reunirse en Suipacha 74, ahora para leer colectivamente *El origen de la familia* de F. Engels.

Vanguardia artística y revolución

Si bien una parte del grupo perseverará en la experiencia colectiva, algunos tomarán otros caminos. Bulnes y Rinesi harán carreras exitosas en el Derecho y llegarán a jueces. Juan Antonio Solari no tardará en volver al PS, del que será dirigente, mientras su mujer, Herminia Brumana, permanecerá fiel al ideario anarquista; el dramaturgo y periodista Leónidas Barletta será durante décadas compañero de ruta del comunismo; Angel Rosenblat, un lingüista de renombre continental.

Eduardo González Lanuza y Pancho Piñero se orientarán hacia la literatura de vanguardia, en un movimiento de convergencia con Jorge Luis Borges. El joven Borges, poeta anarquizante, regresa a Buenos Aires a principios de 1921 y trae con él el ultraísmo. Meses después publicará sus poemas “Rusia” y “Guardia roja” —



avances de *Los salmos Rojos*, el libro que no llegará a ser— en *Cuasimodo*, la revista hermana de *Insurrexit*⁸. Estas colaboraciones no son casuales: si bien la vanguardia política sigue nutriendo sus gustos literarios en la literatura realista decimonónica o en el modernismo latinoamericano, asistimos a la emergencia de cruces entre las vanguardias artísticas y las políticas. En ese sentido, González Lanuza lanzará *Prisma*, la primera revista mural argentina. Según la evocación de Borges: “Salíamos de noche (González Lanuza, Piñero, mi primo y yo) cargados con baldes de engrudo y escaleras proporcionados por mi madre y caminábamos kilómetros, pegando las hojas a lo largo de Santa Fe, Callao, Entre Ríos y México” (Borges, 1974: 13-14). Y enseguida vendrá la consolidación del movimiento ultraísta en los tres números de *Proa* (1922-1923), que reunirá otra vez a Borges, González Lanuza y Piñero, sumando ahora a Macedonio Fernández.

Pero el rosarino Francisco M. Piñero (1901-1923), estudiante reformista, revolucionario y ultraísta, morirá a los 22 años en un accidente de tránsito. El mismo año de su muerte los amigos de la vanguardia política reunirán sus textos en un volumen de homenaje (*Cerca de los hombres*), en cuyo prólogo, probablemente escrito por Etchebéhère, se dice de él:

Apareció entre nosotros, un día, serio y reconcentrado. Traía dentro su adhesión definitiva. Se traía a sí mismo, íntegramente. Lo reconocimos. Éramos hermanos. Escuchadlo: ‘Cuando me arrimo a un alma, tengo siempre cuidado de su abismo’. [...] Cuando le ocurrió el accidente que le costó la vida en Río Negro, quisieron llevarlo al único hospital confortable de Viedma. Pero ese hospital pertenecía a una congregación religiosa. Se negó a que lo condujera allí. Indicó la Asistencia Pública. Luego, en otro pobre hospital de Patagones, murió (Piñero, 1923: 6).

Por su parte, su amigo dentro de la vanguardia artística, Borges, lo recordará en el último número de *Proa*:

De golpe, con la injuriosa precisión de una afrenta, ha desalmado nuestro fervor el fallecimiento de Francisco Piñero, excelente poeta, mayor amigo y máximo alentador de aventuras intelectuales... Fenecido a los veintidós años, Piñero deja una breve y honda obra crítica, ‘La Estética de los Diferentes’, y recorriendo por siempre nuestra memoria, una marcha de versos altaneros, definitivos como estatuas⁹.

Comunistas y “chispistas”

Pero volvamos a los Etchebéhère, siguiendo el relato de Mika sobre Hipólito: “En el año 1923 tuvo que pasar varios meses en el campo para reponerse de una

⁸ Jorge Luis Borges, “Rusia” y “Guardia roja”, en *Cuasimodo*. Revista decenal, n° 27, Buenos Aires, diciembre de 1921.

⁹ Jorge Luis Borges, “Francisco Piñero”, en *Proa*, n° 3, julio de 1923.



tuberculosis incipiente recogida en ese período de vida azarosa de días de hambre y noches sin techo” (M. Etchebéhère, 1973: 6).

El grupo que persiste en la política revolucionaria y ha decidido consagrar la vida a la militancia, centra ahora la atención en el PC argentino. Aquellos jóvenes no podían dejar de avistarlo como la sección local de la Internacional Comunista, la organización que promovía la ayuda al pueblo ruso durante la guerra civil y la agresión imperialista, la que difundía la literatura del marxismo militante. Es así que en 1924 algunos de los insurrexistas —H. Etchebéhère, M. Feldman, H. Raurich y J. Paniale— ingresarán al joven PC. Según puede seguirse en el periódico partidario *La Internacional*, Hipólito y Mika trabajan incansablemente en la implantación del partido: él escribiendo notas, dictando conferencias y charlas en diversos puntos del país; ella trabajando en la constitución de grupos de mujeres comunistas, colaborando en la organización de los trabajadores agrícolas, destacándose además como oradora en la puerta de fábrica o en la calle, durante las campañas electorales (Maitron).

También van tomando parte en las agrias disputas internas. En el partido no tardarán en confraternizar con otros militantes algo mayores de su generación (Angélica Mendoza, Cayetano Oriolo) detrás de un programa izquierdista común, enfrentado a la línea de la dirección. Según el recuerdo de Mika:

Es la época de la bolchevización, es decir, la organización de los partidos comunistas en células —de fábrica y de calle. El Comité Ejecutivo, a cuyo frente se destacan José Penelón y Rodolfo Ghioldi, no se equivoca sobre las cualidades y capacidades de Etchebéhère. A tal punto, que le encarga la redacción de la nueva carta orgánica. Orador apasionado, conocedor, como ninguno de los jefes del partido comunista, del marxismo y el leninismo, el Comité Central hizo cuanto pudo por ganarlo a sus puntos de vista (M. Etchebéhère, 1973: 6).

Aunque la historia oficial de este proceso (*Esbozo*, 1947) está hace tiempo desacreditada, la trayectoria de este núcleo, que terminará rompiendo con el PC entre fines de 1925 e inicios de 1926, sigue siendo desconocida. Será objeto de un trabajo de próxima aparición. Digamos aquí, brevemente, que el conflicto interno entre el sector que lideran Codovilla, Ghioldi y (por ahora) Penelón, y la corriente de izquierda que gana prestigio y comienza a controlar incluso la dirección del partido, termina con el triunfo de los primeros, gracias al apoyo de la dirección del Komintern. El aparato partidario se terminará de conformar con los dirigentes que establecen las relaciones más privilegiadas con Moscú: éstos devendrán los hombres incondicionales de las políticas de la IC, y ésta saldará incondicionalmente todos los conflictos a favor de sus hombres en Buenos Aires.



Tras el conflictivo VII° Congreso del PCA (26/28-XII-1925), la fracción izquierdista va a fundar, a principios de 1926, el Partido Comunista Obrero. Serán del grupo fundador: Héctor Raurich, intelectual; Angélica Mendoza, dirigente sindical docente e intelectual; Rafael Greco y Romeo Gentile, obreros metalúrgicos; Mateo Fossa, de la madera; Teófilo González, del calzado; Alberto Astudillo, arquitecto; Cayetano Oriolo, chofer; Modesto Fernández y Miguel Contreras, obreros tipográficos... Hipólito Etchebéhère formará parte de la Comisión de Organización y Mica Feldman de la Comisión de Propaganda entre las mujeres. Editarán el periódico *La Chispa*, de donde el mote de "chispistas".

El PC Obrero, a pesar de contar con un núcleo de intelectuales formados y un diagnóstico de la realidad argentina de inusual profundidad para la época, tendrá vida efímera (1926-29). Les sucede algo similar que a la fracción que encabezará José Penelón en 1928, al frente de buena parte de los sindicalistas comunistas, intentando crear el "PC de la Región Argentina": se hacía difícil, si no imposible, crear "otro PC", disputando la legitimidad del ya existente cuando la dirección de la IC sólo reconocía al partido que controlaban R. Ghioldi y V. Codovilla. La historia oficial de los comunistas señala también, en tono de denuncia, que los chispistas "difundieron, primero encubierta, y después desembozadamente, el trotskismo... Muchos de los componentes de ese grupo pasaron a constituir focos trotskistas. Entre ellos, Mateo Fossa, Héctor Raurich, H. Etchebere [sic], Mica Feldman [sic], Manuel Molina, etc." (*Esbozo*, 1947: 58 n.). Si bien esta visión retrospectiva es exagerada (no hay asomo de "trotskismo" en 1925), el entusiasmo de Etchebéhère por Trotsky lo confirma Mika en sus recuerdos: "Cuando empezó en la Unión Soviética la lucha contra Trotzki, Etchebéhère, fervoroso admirador del jefe del Ejército Rojo, abrazó su causa. Y era tal su dimensión revolucionaria, tan íntegra su conducta, tan entregada su vida de militante, que al ser expulsado del partido lo fue únicamente por trotskista, labor fraccionista y antibolchevique" (M. Etchebéhère, 1973: 6).

Los "chispistas" H. Raurich, A. Mendoza, Mateo Fossa y J. Paniale animarán las formaciones político-culturales trotskistas de los '30. A ellos se sumarán antiguos disidentes del comunismo oficial, como L. Koiffmann y P. Milesi, y otros que llegarán entonces, como A. Gallo, C. Liacho y L. Justo. En 1939 retornará a la Argentina el poumista F. de Cabo, tras la derrota en la guerra civil, y se sumará a uno de los grupos. Pero esta es otra historia, que por ahora dejamos en suspenso, para seguir el itinerario de Mika e Hipólito quienes, mucho antes de esto, mientras sus compañeros perseveraban en la experiencia chispista, abandonan la ciudad enrarecida donde la revolución se revela más compleja de lo que parecía y se



dirigen a la Patagonia. Privilegiamos, otra vez, el relato de la propia Mika sobre Hipólito.

Nuestros años patagónicos

Su salud muy quebrantada por los años de privaciones y actividades desmedidas, exigía una temporada de reposo que él aprovechó para intensificar sus estudios marxistas... y militares. [...] Vinieron luego nuestros años patagónicos. Para conquistar una independencia económica, Etchebéhère aprendió prótesis dental. Yo tenía mi diploma de dentista y cuando también a mí me expulsaron del PC resolvimos salir a tentar suerte en la Patagonia para recoger el dinero que nos permitiera pagarnos un viaje a Europa. Con la suma que nos prestó Carolina Torres Cabrera [...], montamos un consultorio ambulante y aterrizamos en San Antonio Oeste, Río Negro. Al cabo de un año y medio de trabajo tuvimos lo necesario para llegar a Esquel. La Patagonia fue la mayor tentación de nuestra vida. El esplendor del Lago Futalauquen, la magia de los bosques con árboles increíbles, la perspectiva de vivir literalmente de la caza y de la pesca, estuvieron a punto de retenernos. Eran esas por entonces tierras bravías, solitarias, barridas por los vientos en la costa, remansadas en los paisajes de la precordillera y la Cordillera de los Andes, tierras todavía de aventura, con la fortuna fácil al cabo de tres o cuatro años de trabajo y una existencia ancha, sin trabas ciudadanas, junto a seres que parecían salidos de los libros de Jack London.

Entación, digo, y muy grande, pero los votos pronunciados en la extrema juventud nos la vedaban. Terminada la campaña de Esquel, al año siguiente, y otro más, fuimos al extremo sur: Santa Cruz, Paso Ibáñez, Río Gallegos, que fueron las tierras de la gran huelga de los obreros ovejeros. En Paso Ibáñez, de labios de testigos presenciales (habían pasado solamente ocho años desde las trágicas matanzas), recogimos testimonios de primera mano. No, los obreros no habían matado, ni violado ni robado. Se calcula que mil quinientos obreros fueron asesinados por la gendarmería y los guardias blancos.

En Río Gallegos establecimos la genealogía de la familia Braun Menéndez y Menéndez Behety. Atendimos en el consultorio a un escocés muy viejo, matador de indios profesional a sueldo de Menéndez. Juntamos toda clase de datos con intención de escribir algún día un libro. No hace mucho pasé a máquina esas cuartillas que los años empalidecieron.

Con lo que ganamos en una temporada de intenso trabajo, marchamos a Europa en busca de la lucha que parecía más próxima en esos países de sólidas organizaciones obreras (M. Etchebéhère, 1973: 7-8).

Desesperanzas argentinas, esperanzas europeas

En Europa el movimiento obrero tenía una larga tradición de organización y de lucha, incomparable con el carácter incipiente de la clase obrera latinoamericana. La lucha, recordaba Mika, "parecía más próxima en esos países de sólidas organizaciones obreras". Por eso el objetivo es Alemania, donde se está jugando el destino de la clase obrera mundial. Y el de la propia URSS, pues o bien la revolución



se extiende a Alemania, o bien reducida a las fronteras rusas, culmina su burocratización.

Mika e Hipólito llegan a Madrid en junio de 1931. “Desembarcamos en España dos meses después de declarada la República. Nos calentamos el corazón al fuego de aquellas manifestaciones tumultuosas que reclamaban la separación de la Iglesia y el Estado, comprobamos que la guardia de asalto republicana ya sabía dar palos como cualquier policía veterana, aprendimos a querer el pueblo español y emprendimos viaje a Francia” (Etchebéhère, 1973)

En otro testimonio de esos años, Mika recordaba la llegada a París: “Instalados en un minúsculo alojamiento en la calle Claude Bernard, ... pasamos la mayor parte de nuestro tiempo en la biblioteca Sainte Geneviève para leer las obras que juzgábamos indispensables a nuestra formación de militantes revolucionarios. Los primeros camaradas franceses los encontramos en el grupo de los ‘Amigos de Monde’” (M. Etchebéhère, 1981: 10-11). Amis du Monde tenía como función sostener el semanario *Monde* que editaba Barbusse, pero bajo el impulso de su secretario, René Lefevre, se han creado grupos de estudio de marxismo. Mika e Hipólito siguen los cursos del italiano Angelo Tasca y del economista francés Lucien Laurat. Hipólito va a colaborar con Laurat en la corrección de la edición francesa de *El Capital* que editará Costes. Pero Lefevre y sus amigos están muy a la izquierda de Barbusse, comprometiéndose cada vez más con un marxismo crítico, consejista, libertario. Es así que Mika e Hipólito, prolongando su experiencia política argentina, continúan ligados a los grupos de la oposición de izquierda que aún forma parte de los partidos comunistas. Llegados a Berlín, se van a dirigir al PC alemán, porque es el que organiza la clase obrera más consciente y combativa, pero van a conectarse al grupo de oposición llamado de “Wedding” (nombre de un barrio obrero de Berlín), que dirige el revolucionario Kurt Landau.

En octubre de 1932, seguros de hallar en Alemania una tierra abonada para la lucha decisiva, llegamos a Berlín. Para perfeccionar el idioma y acercarnos a los obreros, nos inscribimos en la Escuela Marxista del Partido Comunista, que era también una escuela a secas, con clases para adultos y que fue para nosotros la escuela donde aprendimos a juzgar la política paralizadora, nefasta de la Internacional Comunista, fielmente ejecutada por los jefes del PC alemán. Los militantes repetían como autómatas la burda interpretación del nacional socialismo que difundía la Internacional Comunista; trataban a los obreros socialdemócratas de socialfascistas, pero eso sí, desfilaban en manifestaciones tan densas, tan disciplinadas, tan evocadoras de un verdadero ejército revolucionario por las escuadras de combate que marchaban a su frente, que estremecían a la burguesía. Sabíamos que el PC tenía armas, que los barrios rojos estaban organizados por bloques de casas para la lucha: asistimos en las elecciones de noviembre de 1932 a la pérdida de un millón de votos sufrida por los nazis, pero asistimos también cuando Hitler fue llamado al poder por



Hindenburg de la manera más pacífica, al tremendo desconcierto, a la pasividad que había engendrado la política criminal de la Internacional Comunista (M. Etchebéhère, 1973: 8-9).

En efecto, en 1930 ha caído Müller, el último canciller socialdemócrata, y desde 1931 el Partido Nacionalsocialista viene aumentando sus escaños en el Reichstag, con la excepción del retroceso de las elecciones generales de noviembre de 1932. Sólo el frente único entre los partidos socialista y comunista hubiese podido frenar el ascenso nacionalsocialista a través de la unidad de toda la clase trabajadora alemana: pero los dos grandes partidos obreros se mantendrán severamente enfrentados. Y en un contexto de crisis aguda del Estado, y cuando las organizaciones paramilitares nazis llevan a cabo actos de terrorismo y controlan crecientemente la calle, el 30 de enero de 1933 el Presidente Hindenburg nombra a Adolfo Hitler canciller.

El 31 de enero Hipólito le escribe una carta a un camarada argentino: "Querido Viejo: Te escribo en caliente. [...] Ayer por la tarde Hitler ha tomado el poder". Y traza a continuación un cuadro de la desmoralización de la clase obrera alemana:

esta misma noche hemos podido conocer, con la ansiedad que puedes imaginarte, el estado de ánimo de la clase obrera, de los afiliados al Partido, y su capacidad de acción. No olvidaremos nunca, Viejo, el desaliento, la desorientación, la desconfianza total en sí mismos y en el Partido con que acogieron nuestras preguntas, nuestra ansiedad de compañeros extranjeros que querían saber qué se iba a hacer... Les dijimos la esperanza enorme, la atención angustiada con que el proletariado de afuera esperaba en ellos. Eso los hundió más todavía.

Viejo, estábamos muy, muy prevenidos. Sabíamos los estragos que la política y el régimen de la I.C. causa en el proletariado. Pero hay que sentir a los mejores elementos de ese proletariado, en la hora decisiva, y en el primer partido de la I.C., un partido que tiene 6.000.000 de votos, hay que sentir el desamparo, la impotencia, la amargura expresados cruda y rabiosamente, como lo hemos oído, para comprender el crimen entero de los miserables que detentan la I.C. (Etchebéhère, H., 1981)

Etchebéhère ha comprendido el día mismo de los hechos que la derrota del proletariado alemán no es transitoria, como quieren creer los comunistas: es una derrota histórica. Y la concepción comunista del "cuanto peor, mejor", de que una dictadura abierta iba a tener un efecto más concientizador para los obreros que el régimen semidictatorial previo, la considera directamente suicida:

Y los que se mostraban optimistas, tenían una idea tan fantástica, pero tan fantástica... (por ej.: Hitler en el poder no dura ni un mes, o: y además nos va a ser más fácil convencer a los obreros engañados por él, o: nos favorece porque con él la situación internacional se pondrá más aguda y acelerará la revolución, o: Hitler no se va a atrever a prohibir el Partido, o: el Partido no



puede llamar a la huelga porque lo van a lanzar a la ilegalidad). Todas estas opiniones escuchadas la misma noche en boca de afiliados obreros del Partido, que tan pronto sostenían una cosa como otra”.

“Viejo: estamos vencidos. Y vencidos ignominiosamente. Se acabó nuestra antigua esperanza en Alemania. Habrá, sí, terribles batallas aisladas, un sangriento terror, una larga guerra civil (sabrás que el proletariado antifascista está organizado por calles; a veces por casas, en los grandes inquilinatos) en los meses venideros... Caerán los mejores... Junto a una abnegación y un valor individuales admirables, una enorme paralización y desorientación como clase (Etchebéhère, 31-1-1933).

Su decepción ante la clase trabajadora alemana no le impide extraer las más lúcidas lecciones de la derrota, sin dar lugar a ninguna de las “racionalizaciones” del PC alemán. El ascenso de Hitler, hay que decirlo, ha cerrado un ciclo histórico en la larga marcha que la clase trabajadora alemana había comenzado 60 años atrás. Derrotada ésta, el mapa de la política europea se ha transformado: seguramente seguirán otras batallas, acaso nuevas derrotas. “Caerán los mejores”, aventura Hipólito, como si intuyera su propio fin.

Si en Alemania la clase obrera está derrotada, Mika e Hipólito van a buscar otros escenarios de la lucha de clases revolucionaria. Y en mayo de 1933 están otra vez en París. Apenas llegados, Hipólito vuelve a escribir a su amigo:

Querido Viejo! Henos aquí de vuelta, después de haber vivido verdaderos meses de plomo en Alemania. Qué días, Viejo! De resulta de ellos ando con los nervios hechos polvo. No puedo discutir con nadie sin excitarme fuera de toda medida. Verse reducido a acompañar una y otra vez al cementerio a los obreros volteados por los fascistas, sin tener por delante ninguna perspectiva de lucha, sin hallar la acción, el combate, la batalla donde desahogar tanta rabia, tanto odio, tanta amargura cosechada! Junto a antiguos espartakistas que guardan su arma como un relicario, nos hemos consumido, quemado de impotencia, viendo caer una a una las posiciones, sin combates; sintiendo el desprecio del enemigo, a quien tu falta de resistencia envalentona y vuelve cada vez más insolente: ‘Dónde están los comunistas?... En los sótanos!’ He aquí el estribillo que te cantan los nazis en todas las calles de Alemania... De otro lado hacen limpiar los suelos de sus cuarteles a los militantes con las propias banderas rojas, hoz y martillo!... No sigo, porque reviento. (Etchebéhère, H., 1981)

Traza luego un análisis pormenorizado de la dinámica de las fuerzas sociales y políticas alemanas que permite entender el ascenso de Hitler y la tragedia del proletariado alemán. No es más que el resumen de dos artículos sucesivos que Hipólito publica con el seudónimo de Juan Rústico en la revista francesa *Masses* que dirige Lefevvre. Según el relato de Mika:

Por haber vivido los acontecimientos día tras día, en la calle, seguido la prensa, hablando horas y horas con militantes socialistas y comunistas, presenciando las primeras razzias



fascistas en los barrios obreros, contemplando las tumbas profanadas de los caídos de Spartacus, visto el desfile nazi del 1° de Mayo de 1933, asistido a la ocupación de la opulenta sede de los sindicatos libres alemanes por un puñado de S.A., nuestro testimonio de la derrota del proletariado alemán, el primero que se publicó en Francia, tuvo gran repercusión (M. Etchebéhère, 1973: 9).

La situación económica de la pareja en París es seria. Pero ni precariedad económica ni el desastre de Alemania detienen su voluntad revolucionaria. En la carta de junio de 1936, Hipólito informaba a su amigo de las perspectivas políticas después de la tormenta:

La tarea esencial en el momento actual es buscar una unificación de las fuerzas de oposición en Alemania. Se está en camino de ello. Aquí en Francia la labor está muy avanzada; los tres grupos de la izquierda que había, aparte de la Liga Comunista que se muestra reacia aún, están en vísperas de quedar unidos. Se piensa luego en una especie de nuevo Zimmerwald, que sobre el desastre alemán, la defección sin combate de la I.C., busque un acercamiento y un terreno de acción común de las fuerzas de oposición (Etchebéhère, H., 1981).

Y si bien las condiciones de clandestinidad bajo la dictadura fascista serán graves, agregaba Etchebéhère, la clase obrera comunista está más dispuesta hoy a escuchar a los opositores de izquierda que ayer. Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad (Gramsci *dixit*).

La revolución desde una buhardilla parisina

En palabras de Mika: “Y nos pusimos a esperar de nuevo, no de brazos cruzados. Con el compañero Kurt Landau, el magnífico militante austriaco asesinado por los stalinianos en Barcelona, empezamos la lenta tarea de reanudar contactos con el grupo de oposición de Wedding que había dirigido Landau en Berlín”. Kurt Landau (1900-1937) había sido un destacado opositor de izquierda, primero en Austria y luego en Alemania. En estos momentos, cuando intenta reagrupar desde París a los exiliados austríacos, alemanes y polacos, entra en contacto con André Ferrat (1902-1988), un opositor que todavía ocupa un lugar destacado en el PC francés. Hipólito y Mika, Landau y su compañera Katia, el revolucionario polaco Grigory Kagan (1906-1944), Víctor Fay, Pierre Rimbert y otros colaborarán con Ferrat en la fundación de la revista *Que faire?*, cuyo primer número aparecerá en diciembre de 1934 y se interrumpirá con la guerra (1939).

Sobre los tres años de vida militante en París, disponemos del testimonio que brinda Mika en algunos breves relatos de su libro sobre la guerra de España. Recordará, por ejemplo, una tarde gris en el barrio de La Chapelle, cuando me



“pesaba en los hombros la fatiga de tanto andar por los quioscos distribuyendo *Que faire?*” (Etchebéhère, M., 1976: 11), o las reuniones del grupo en el departamento del sexto piso de la calle Gay Lussac, la presencia de los exiliados polacos a quienes Hipólito ha confeccionado pasaportes, la humareda que comprometía sus pulmones enfermos, y a ella misma que, retornando de su trabajo, debía preparar comida con lo poco que había para toda la célula de revolucionarios hambrientos (p. 128).

Son también los años en que traban amistad con los Rosmer, revolucionarios de una generación anterior, pero con una historia política de gran afinidad. Alfred Rosmer (1877-1964) era obrero gráfico, inicialmente un anarcosindicalista que la revolución rusa había atraído a las filas del comunismo. Con su compañera Marguerite Thévenet (1879-1962) habían forjado una unidad tan fuerte, que P. Broué los llamó “un militante de dos cabezas”. Igual que Mika e Hipólito en el PC argentino, los Rosmer habían sido expulsados del PC francés por resistirse a la “bolchevización” y constituirán un grupo de oposición comunista, inicialmente vinculado a Trotsky. Mika les dedicará algunos pasajes nostálgicos de su libro, evocando las veladas en la “Granja” de los Rosmer en Perigny, o los octubres, “mes de nuestro paseo ritual por el bosque de Fontainebleau” (Etchebéhère, M., 1976: 39-40, 84, etc.).

Al año de la estadía parisina, emerge un movimiento revolucionario en la Cuenca de Mieres, Asturias, el 5 de octubre de 1934. Mika e Hipólito no lo dudan:

Quando estalló la lucha de los mineros asturianos, preparamos nuestros pasaportes, decididos a marchar a España. La represión sangrienta del movimiento cortó nuestro impulso. Etchebéhère escribió sobre los sucesos de Asturias un folleto magnífico, que desgraciadamente se perdió en Barcelona cuando el stalinismo saqueó las oficinas del POUM... (M. Etchebéhère, 1973: 9-10).

La crisis política francesa, siendo aguda, no escapa a los pequeños grupos de oposición, que no logran articularse en un partido único. La vida en París pasa, pues, “entre las interminables discusiones sobre el apoyo incondicional a la Unión Soviética y las revistas de oposición de izquierda” (M. Etchebéhère, 1976: 84). Y la política, que apasiona a la pareja, corre el riesgo de invadir la vida cotidiana, de aplacar o desviar la pasión amorosa. Hipólito reflexiona: “Tenemos que cuidar de nuestro amor. Compraremos menos libros para que puedas tener un vestido bonito. ¿Recuerdas el que diseñé para ti cuando nos conocimos? Ahora no tienes más que una falda vieja y ese abrigo de muchacho que te ha dado Marguerite. La política se nos traga la vida, no debemos dejar que nos devore...” (M. Etchebéhère, 1976: 129). Tiempo después, en los momentos más duros de la guerra española, volverá para Mika una y otra vez el recuerdo de esos años felices, a “nuestros despertares



en la buhardilla de la calle Feuillantines, nuestras tardes en la I'le Saint Louis, nuestras mañanas en el Louvre, nuestra alegría infantil al regreso de los paseos, de encontrar encendida la estufa, todo esto lo llevo en un hatillo amarrado a la espalda" (M. Etchebéhère, 1976: 33).

Es por entonces que los Etchebéhère hospedarán por algún tiempo a un joven argentino, estudiante de física que ha viajado a París a un congreso antifascista, pero que acaba de desertar de las filas del comunismo: Ernesto Sábato. Curioso pero fugaz encuentro entre los forjadores del primer Insurrexit y un militante del segundo¹⁰.

Morir en Madrid

En 1935 la salud de Hipólito se quebrantó. Una mañana, de vuelta del mercado al departamento del 57 de la rue Claude Bernard, Mika lo encuentra vomitando sangre. "No te preocupes, ya pasó, ahora me siento mejor. Sabes además que estoy bien decidido a no morir de enfermedad" (M. Etchebehre, 1976: 129). Deberá pasar seis meses en el sanatorio Labrouyère Liancourt, en las afueras de la ciudad (Oise), mientras Mika gana unos pesos en París enseñando español. Ella lo visita en el sanatorio, las cartas van y vienen entre Oise y París.

Porque el clima de Madrid era mejor para él que el clima de París, y porque en España estaba subiendo la marea de la lucha proletaria, a comienzos de mayo de 1936 Etchebéhère llegó a Madrid. Yo me reuní con él dos meses después, el 12 de julio. No habíamos terminado de contarnos nuestra ausencia cuando estalló el movimiento y desapareció el pasado y nació una esperanza (M. Etchebéhère, 1973: 11).

Los años de esta nueva esperanza y esta nueva tragedia fueron narrados por la propia Mika en *Mi guerra de España*. Allí encontrará el lector un relato tan vívido y al mismo tiempo tan agudo en sus reflexiones, tan bellamente escrito y al mismo tiempo tan desgarrador, que no admite glosa alguna. Transcribo aquí el relato de los primeros días en España resumido por Mika en la carta inédita, ya tantas veces citada, al corresponsal desconocido:

En la tarde del 18 de julio empezó nuestro andar en busca de armas y de alistamiento, de un sindicato de la U.G.T. a otro de la C.N.T., entre grupos de jóvenes casi niños y hombres casi ancianos, entre rumores y discursos, entre canciones y consignas, mezcladas a la marea que subía de todos los barrios y se echaba sobre la Puerta del Sol. A todos nos temblaban las manos ansiosas

¹⁰ Cuatro décadas después, el novelista de *Sobre héroes y tumbas* recreará aquel clima parisino y hasta incluirá como personaje a un Etchebéhère, "trotskista argentino", que encontrará la muerte "un un tanque" (sic) durante la guerra civil española (Sábato, 1970: 412).



de un arma. Nadie preguntaba a nadie a qué partido pertenecía. La voluntad de luchar había roto las barreras que todavía ayer separaban a los trabajadores. Los que aún marchábamos con las manos vacías mirábamos con ojos de mendigo a quienes ya llevaban un fusil, una escopeta, una pistola, un cinturón de cartuchos.

—Dicen que hay armas en la Calle de la Flor, o en Cuatro Caminos, o en los locales de la J.S.U., o en la U.G.T...

Con los pies hinchados de tanto caminar, los ojos ardidos de no dormir, el corazón apretado de tanto ansiar, vimos disolverse en la noche de ese 18 de julio y nacer el alba del 19. El 20 ya teníamos destino entre los compañeros del POUM, la organización política que estaba más cerca de nuestro grupo de oposición. Ya pertenecíamos a una formación de combate: la columna motorizada del POUM. Hipólito Etchebéhère era su jefe.

A su mando salimos por primera vez el 21 de julio, montados en tres coches de turismo y dos camiones, armados con treinta fusiles y una ametralladora sin trípode que quedaba muy bonita en lo alto de un camión... Al día siguiente, incorporados a la columna que mandaba un capitán de carrera llamado Martínez Vicente, leal a la República, tomamos un tren que resultó ir solamente a Guadalajara y no a Zaragoza como creían los milicianos. Durante el largo viaje se nos sumaron algunos hombres de otras organizaciones, atraídos por la convicción tranquila y la autoridad que emanaba de Etchebéhère.

De Guadalajara pasamos a Sigüenza. La columna del POUM ya había ganado laureles de guerra por haber vencido a las tropas fascistas que se disponían a atacar Sigüenza. El ascendiente de Etchebéhère sobre sus hombres y sobre muchos otros de los que componían la guarnición de la zona crecía rápidamente. Era un jefe vestido con un overhall roto en los codos y en las rodillas. Sus ojos eran cada vez más luminosos, como si llevase por dentro una antorcha encendida. Una tarde le escuché al viejo Quintín, que había combatido en la guerra de Cuba, decir: 'El jefe tiene como un sol en la frente'.

La hora del gran combate había llegado. La revolución estaba por fin al alcance de sus manos ávidas. Ya no se trataba más de lecturas, de tesis teóricas, ahora tocaba luchar con las armas por lo que había elegido a la edad de 19 años. Y luchó 29 días dichosos, alegre de exponer su vida a cada rato, burlón o serio cuando yo le pedía que no se hiciese matar antes de lo necesario.

—Aquí el que manda no debe agacharse cuando silban las balas, me respondía. Ya sabes que el valor físico es la cualidad máxima en España. Para que los demás avancen, el jefe debe marchar el primero, aunque sepa que puede morir.

Tenía como un poder mágico que aglutinaba a la gente a su alrededor. Promovió la formación de un tribunal revolucionario para juzgar a los fascistas que caían en manos de los milicianos o sobre los cuales pesaban denuncias de la población civil. Resistido al comienzo, poco a poco su prestigio fue ganando a las otras formaciones, mucho más importantes que nuestra pequeña columna de unos 150 hombres.

Le vi por última vez ese amanecer que era casi noche todavía, del 16 de agosto de 1936, cuando nos acercábamos a Atienza. Cumpliendo sus órdenes, yo no iba con él sino con el médico, para organizar en la retaguardia un puesto de primeros auxilios. La larga capa negra de guardia civil que había ganado en un combate le caía hasta la media pierna. Llevaba la cabeza ceñida por su inseparable boina vasca. El áspero frío de la alborada alcarreña le había helado las manos, que apoyó en mis mejillas mientras me besaba.



—¿Por qué no están contigo las muchachas? —me preguntó. No quiero mujeres en la línea de fuego. Ordené que se quedasen con el médico.

“Le contesté sonriendo que nuestras milicianas, menos disciplinadas que yo, estaban de seguro en alguno de los caminos que marchaban al frente de la columna. Nos abrazamos en silencio.

Las primeras luces del día nos trajeron hasta los ojos el peñón bravío de ese castillo de Atienza que había que tomar a toda costa, a golpes de granadas que habrían de lanzar los guerrilleros del POUM, cuidadosamente adiestrados por Hipólito Etchebéhère. Él los guiaba entre las ráfagas de ametralladora que volaban de las torres. Una bala lo quebró como se quiebra un árbol herido por el rayo.

—Sabes, me dijo nuestra bella Abisinia tendiéndome un pañuelo tinto en su sangre, sonreía, no parecía muerto. Guarda este pañuelo como una reliquia de santo: es su sangre, yo le limpié los labios. La bala le partió el corazón, te digo que no sufrí.

Tenía al fin el corazón en paz, callado para siempre (M. Etchebéhère, 1973: 11-13)¹¹.

Mika capitana

Muerto Hipólito, Mika decide continuar combatiendo y pasa a ocupar en la columna del POUM un rol cada vez más destacado. Por toda herencia, ha recibido su capote, su pistola y su fusil, símbolos de su jefatura. De la compañera del jefe, pasa a ser jefe ella misma. Una vez desplazadas las fuerzas de la columna a Sigüenza, Mika entiende que “se terminó mi ocupación de casera de guerra. La organización del cuartel no plantea problemas... Igual que los demás, monto guardia en los cerros...” (M. Etchebéhère, 1976: 39).

La experiencia de la guerra ha transformado a Mika, sorprendida, no ya de la igualdad que ha conquistado frente a los varones de la columna, sino incluso del ascendiente que tiene sobre ellos. Una noche, en Sigüenza, un miliciano que debía ocupar su turno de centinela, duerme profundamente. Nadie puede arrancarlo de su sueño. Mika lo agarra del pelo con la mano izquierda, lo abofetea con la derecha.

El hombre se ha despertado. Me mira fijo un instante, muy corto, se levanta, toma el fusil que le tiende el compañero y se marcha con paso decidido al parapeto. Cuando vuelvo a acostarme, el pensamiento de lo que acabo de hacer me impide dormir. ¿Por qué se ha dejado pegar ese hombre? ¿De qué honduras ignoradas salió mi violencia? (M. Etchebéhère, 1976: 63).

Emma Roca, a sus 81 años —entonces una miliciana poumista de quince que luchará con Mika en Atienza y en Sigüenza— aún hoy la recuerda con nitidez, “con su capote y su fusil, y esos zapatos planos, y sus pantalones en plan de hombre...” (testimonio al autor, Madrid, 10-1-2000). Sin embargo, la jefatura militar no le

¹¹ V. en las páginas siguientes [de *El Rodaballo* n° 11/12], el testimonio directo de Eugenio Granell sobre la muerte de Hipólito, en la entrevista de Ana Longoni.



cuadra bien. En primer lugar, su absoluta ajenidad a cualquier formación militar, que debió disimular durante tres años. En segundo lugar, y mucho más importante: la remuerden escrúpulos éticos, de esos que parecen no tener cabida en una guerra (¿vamos a ajusticiar a los desertores?, ¿hemos de fusilar a estos curas fachos?, ¿es realmente una infiltrada esta mujer?). Y, por último, y fundamental: tiene una conciencia política de la realidad española que va más allá del heroísmo, a menudo ingenuo, de los jóvenes milicianos y las milicianas. En Sigüenza, ante las legítimas protestas de sus hombres, Mika debe arengar: “Es aquí donde tenemos que combatir hasta el fin, resistir el mayor tiempo posible, bloquear aquí a las tropas franquistas para impedir que vayan a engrosar al ejército que pronto amenazará Madrid. Si nos fuéramos ahora los otros diríamos que tenemos miedo. Los milicianos del POUM no son cobardes”. Pero enseguida reflexiona: “Ya está, he soltado la palabra que siempre hace efecto en España y me reprocho la demagogia fácil” (M. Etchebéhère, 1976: 44). Es que Mika tiene la convicción que es una guerra perdida, de que no llegará la ayuda militar de Madrid, de que el gobierno de la República lleva adelante, con ineptitud política y militar, una guerra que no quiso y que no quiere. ¿Cómo decir la verdad sin desmoralizar, cómo levantar la moral sin mentir? Otra vez la conciencia trágica, el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. Y siempre, en los momentos más difíciles, reaparece la imagen superyoica de Hipólito, la severidad con ese toque irónico, que la ayuda a seguir adelante.

La columna del POUM no sólo adquiere renombre por su valentía, sino también por haber subvertido a su interior la división de géneros común en otras columnas y regimientos. Para Mary Nash (1999):

incluso en los frentes existía un marcado grado de división sexual del trabajo, ya que normalmente las mujeres realizaban las labores de cocina, de lavandería, sanitarias, correo, de enlace y administrativas” (Nash, 1999: 164). Es así que Nati y Manuela, dos jóvenes milicianas, deciden abandonar el famoso Quinto Regimiento y trasladarse a la columna del POUM que comanda Mika. “Soy de la columna Pasionaria, pero prefiero quedarme con vosotros. Aquellos [los comunistas] nunca quisieron dar fusiles a las muchachas. Sólo servíamos para lavar los platos y la ropa.

Hilario, un viejo miliciano, se resiste. Nati implora que las acepten, aunque más no sea para guisar y barrer. “Manuela se indigna: —Eso sí que no. He oído decir que en vuestra columna las milicianas tenían los mismos derechos que los hombres, que no lavaban ropa ni platos. Yo no he venido al frente para morir por la revolución con un trapo de cocina en la mano” (M. Etchebehre, 1976: 56-57). Mary Nash, tras comentar el episodio, observa: “Finalmente, Etchebéhère se las ingenió para convencer a los hombres de que aceptaran una división igualitaria de las tareas



de la columna, pero indudablemente eso sólo se consiguió porque la oficial al mando era una mujer con una conciencia feminista sumamente excepcional en lo tocante a la igualdad de las mujeres" (Nash, 1999: 165).

Mika participa, pues, activamente en la batalla de Sigüenza, donde una absurda orden militar superior ordena a los milicianos refugiarse en la catedral. El Comandante Martínez de Aragón quiere que las fuerzas republicanas repliquen el ejemplo de resistencia "heroica" que los franquistas en el Alcázar de Toledo. Pero este edificio tiene una estructura distinta y la artillería nacionalista abre enormes boquetes en la catedral. Cientos de hombres y mujeres están sitiados, cada vez menos esperanzados en la ayuda militar de Madrid que nunca llega. ¿Morir resistiendo? ¿O intentar llegar vivos a Madrid para reclamar ayuda? Algunos optan por salir en grupos durante la noche. Mika, con un grupo de seis personas, logra romper el cerco y llegar a Madrid.

Luego de una corta estancia en París, Mika se ve impelida a regresar. Los hombres del POUM han formado dos compañías. Se confía a Mika el mando de la Segunda Compañía, con el grado de capitán. Sus hombres ocuparán una trinchera en la Moncloa, resistiendo constantes ataques y bombardeos. Luego relevarán a las fuerzas que ocupan las trincheras de Pinar de Húmera, y finalmente son escogidos, con otras unidades, para desalojar a los franquistas del Cerro del Aguila, ataque en el que van a morir muchos milicianos del POUM. Debilitadas las filas militares pomistas, Mika se integra como oficial dentro de la 14ª división, de orientación cenetista, que comandan el anarquista Cipriano Mera. Combate aquí hasta junio de 1938, cuando la CNT le encomienda instalarse en un hospital de Madrid para ocuparse de tareas de formación y cultura. Serán los últimos meses de la guerra.

Una viejecita en las barricadas de París

El 28 de marzo de 1939 los "nacionales" entran en Madrid. Mika debe esconderse, pero continúa resistiendo. Detenida por una patrulla franquista, se asila durante seis meses en un liceo francés, pues poseía pasaporte de ese país por ser viuda de Etchebéhère. A causa de los reclamos interpuestos desde París por sus camaradas ante el Ministerio de Asuntos Extranjeros, un auto del Consulado francés en Madrid la deja, una vez traspuestos los Pirineos, en el puesto fronterizo de Irún y poco tiempo después logra llegar a París. Pero ya no será el París de la buhardilla de la rue Feuilleantines: el poderoso movimiento huelguístico ha sido derrotado unos meses antes. Los días del Frente Popular están contados. En setiembre de 1939 Francia ingresará en la guerra, en marzo de 1940 caerá el gobierno Daladier. El 14 de junio de 1940 los alemanes ocupan París.



Mika ha vuelto a Buenos Aires en 1940. Es el reencuentro con los viejos amigos: insurrexistas, chispistas, trotskistas. Luis Koiffman acaba de fundar un semanario antifascista que alcanzará, durante siete años, cierta gravitación: *Argentina Libre*. Allí Mika escribirá sobre la guerra europea, pero también sobre la situación argentina. Entre todas, llama la atención su crónica del desfile nacionalista del 1° de Mayo de 1943, que Mika describe después de haber participado “desde adentro”: se ha “plantado de escucha en el terreno enemigo. Cumplo quizás una guardia un poco absurda, un poco inútil a lo largo de las columnas nazis, los oídos tensos, la mirada fija, las manos increíblemente desarmadas” (M. Etchebéhère, 6-V-1943).

El frente político-intelectual antifascista, a medida que avance el primer lustro de la década, irá perdiendo su tonalidad social, ganará en colaboraciones liberal-conservadoras, y devendrá, en 1945, un frente antiperonista. Su ferviente antiperonismo, no obstante, no habría llevado a Mika tan lejos como para aceptar la Unión Democrática. En un informe de 1955, se lamentará de que las izquierdas se hubieran dejado robar diez años antes sus viejas banderas antiimperialistas por las fuerzas “llamadas nacionalistas”, y que, bajo el gobierno de Perón la oposición de izquierda “se comprometiera con los conservadores y los radicales más corruptos en una acción conspirativa sin base obrera seria, cuyo centro está, sobre todo, entre los exiliados de Montevideo y la Embajada de Estados Unidos” (M. Etchebéhère, 1955: 2).

Su fidelidad a las ideas revolucionarias no impidió que, en el marco del espíritu antifascista de fines de los '30 y primeros '40 colaborase en *Sur*, en un período en que la revista de Victoria Ocampo acababa de apoyar la causa republicana española y ahora, durante la guerra, la causa aliada. Según algunos testimonios, Victoria Ocampo llegó a apreciar a esta mujer tan distinta a ella, mientras Mika trababa vínculos con algunos intelectuales franceses exiliados en Argentina durante la guerra y cobijados por *Sur*, como el sociólogo Roger Caillois o la fotógrafa Gisèle Freund. Con todo, cuesta imaginar a la que hasta hace poco fue capitana de la segunda compañía del POUM de tertulia literaria en Villa Ocampo. Pero es cierto que fue *Sur* la que abrió sus páginas a un avance de *Mi guerra de España*, un relato del niño miliciano de su columna muerto a los quince años (M. Etchebéhère, 1944).

A los 44 años, esta revolucionaria nómada busca sus raíces, un lugar donde afincarse. Fue a Alemania buscando la revolución y tuvo que huir tras el ascenso de Hitler. Fue a España buscando la revolución y debió escapar cuando los nacionales ganan la guerra. Fue a Francia buscando la libertad, y se encontró con otra guerra y



con la ocupación. Volvió a la Argentina y se encontró con el golpe militar de 1943 y la irrupción del peronismo. No era lo mismo peronismo que franquismo o que fascismo, lo sabía bien, pero aun así era ya demasiado para ella. Y en un sentido era peor, por la virtual ausencia de una izquierda revolucionaria argentina. Y es así que Mika vuelve a París a mediados de 1946, empecinada en desoír la protesta de sus amigos argentinos e incluso de las advertencias de los que vienen de la ciudad liberada.

Es el París devastado por la guerra, el del desabastecimiento, el mercado negro, la especulación, aquel que describirá a lo largo de una serie de crónicas en *Sur* (M. Etchebéhère, 1946-1947). Pero es su París. Vuelta por un tiempo a la calle Claude Bernard de sus días felices con Hipólito, vuelta a encontrarse con los viejos amigos: Pierre Rimbert, René Lefevre, Katia Landau, que también había ido a combatir a la guerra española, cuyo marido había sido asesinado por los stalinistas mientras ella sufría la prisión de una "checa". Y está Pavel Thaelman (1901-1980), el opositor suizo que había combatido en la guerra civil española y luego en la resistencia francesa. Y los Rosmer, que también regresan a París en junio de 1946, después de años de exilio en los Estados Unidos.

Encontrarán su casita en Perigny saqueada por los alemanes, sin libros, sin piano, sin las viejas cómodas que tenían, todas, tapetes de manzanas olorosas. Pero entre los tres volveremos a levantar la casa. Y veremos otra vez los primeros narcisos en el bosque Senart en primavera, y la bruma tenue de l'île de France en los atardeceres de otoño y el río verde y opaco corriendo al pie del prado todos los días del año. ¿Comprenden ustedes ahora por qué quería yo tanto volver a París? (Etchebéhère, M., 1944: 88).

Así será. Volverán Alfred y Marguerite a Perigny, a aquella casa de campo que habían prestado a Trotsky —a pesar de las diferencias políticas— para realizar el congreso de fundación de la Cuarta Internacional, allá por setiembre de 1938. Y también volverá allá Mika, cuyos trabajos como traductora le alcanza para realizar ese sueño: comprar una parcela en Perigny, cerca de los Rosmer. Pero reside en París, en el número 4 de la rue San Sulpice, en un departamento que le ayuda a decorar su amigo, el artista vanguardista rioplatense Carmelo Arden Quin. Se gana la vida traduciendo del francés al español.

Disfruta de los paseos con los amigos, del cine, las galerías de arte, sin perder su pasión por la política. Con sus viejos camaradas ha constituido el Cercle Zimmerwald, nombre de la localidad suiza donde en 1915 se habían reunido los pocos revolucionarios intransigentes que, derrumbada la Segunda Internacional, se seguían pronunciando contra la guerra y por la revolución. Ni tampoco decayó su interés por España: todos los días, además de *Le Monde*, lee el diario español *El*



País. A los 66 años, se suma a los estudiantes durante las jornadas de Mayo del '68: para sorpresa de los jóvenes, esta señora mayor les ayuda a levantar barricadas con adoquines. Lastimadas las manos, va en busca de un par de guantes para proseguir su labor cuando una patrulla policial la encuentra e insiste en llevarla a su casa: "Madame, déjenos acompañarla, puede ser peligroso". Una década después, la encontramos congregándose con otras personas en la Place du Panteon, avanzando por la rue Rivoli, atravesando con una columna el Pont Neuf: es una marcha contra la dictadura militar argentina que se desarrolla en París.

En 1976, después de 40 años de contar su historia a múltiples interlocutores, de recuperar recuerdos visitando viejos amigos, borrar cuadernos y avanzar algunos relatos parciales, Mika publica en Francia sus memorias de los años de miliciana: *Ma guerre d'Espagne a moi*. El libro es bien recibido por la crítica, y la historia de Mika e Hipólito se reaviva. En 1987 aparecerá en Madrid la versión española con el título *Mi guerra de España*. Les seguirán una edición catalana y otra alemana.

Muchos de los viejos amigos se van, y llegan nuevos. Entre éstos, Simone Collinet, dueña de una galería de arte surrealista. Fue Simone quien le hizo comprar a Mika una obra rara, un "Picabia impresionista". En su vejez lo convirtió en buen dinero y le permitió pagarse su casa de retiro, pasando sus últimos años confortablemente. Mika Feldman de Etchebéhère murió en París, su ciudad de adopción, nonagenaria, el 7 de julio de 1992. En *Le Monde* del 11 de julio, su círculo de amigos más íntimos la despedía así: "Mika fue la fidelidad, el coraje, la amistad, el rigor. Amaba París, los pájaros, los gatos y las peonías". Sus cenizas fueron arrojadas al Sena.

Referencias

Manuscritos

Alba, Víctor, carta al autor, fechada en Sitges (Barcelona), el 14 -XI-1999.
Etchebéhère, Hipólito, cartas a un corresponsal argentino no identificado: Berlín, 31-I-1933 y París, 1°-VI-1933.

Etchebéhère, Mika, "Hipólito Etchebéhère", texto mecanografiado de una carta a un corresponsal argentino no identificado, s/f [c. 1973].

Etchebéhère, Mika e Hipólito, correspondencia, Paris/Oise, 1935-1936. Archivo Mika Etchebehère, en CeDInCI.

Etchebéhère, Mika e Hipólito, Cuadernos de apuntes tomados en Argentina, Alemania, Francia, España. Archivo Mika Etchebéhère, CeDInCI.



Etchebéhère, Mika, correspondencia con Alfred y Margarite Rosmer en los años de la segunda guerra (cuando la pareja está exiliada en los EEUU). En el Archivo del Museo Social de París.

Etchebéhère, Mika, Informe brindado en Cercle Zimmerwald, París, 18-XII-1955, mecanografiado, Archivo Mika Etchebéhère, CeDInCI.

Massó March, Albert, carta a Andy Durgan, fechada en París, 20/11/1997.

Publicaciones Periódicas

INSURREXIT. Revista universitaria (Buenos Aires, n° 1: set. 8 1920; n° 12: nov. 1921).

CUASIMODO. Revista decenal (Primera época: Panamá, n° 1 al 13: 1920; Buenos Aires, n° 14: abril 1921; n° 27: dic. 1921). Dir.: Julio R. Barcos/Nemesio Canale.

LA CHISPA (Buenos Aires, n° 1: 30-I-1926; n° 87: 3-IX-1929). Sin indicación de director.

ARGENTINA LIBRE (Buenos Aires, n° 1: marzo 7 1940; n° 296: oct. 2 1947). Dir: Luis Koiffman.

SUR (Buenos Aires, 1931-1979). Directora: Victoria Ocampo.

Fuentes Primarias

(textos de época y testimonios posteriores de participantes directos)

Andrade, Juan, "Ha muerto un gran camarada: Luis Hipólito Etchebéhère", en *La Batalla*. Órgano del POUM, n° 14, segunda época, martes 18 de agosto de 1936.

Borges, Jorge Luis, "Las memorias de...", en *La Opinión*. Segunda sección, 17-IX-1974.

Comisión del CC del PCA, *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1948.

De Cabo, Francisco, "Mika Etchebéhère: una intelectual argentina en busca de la revolución", en *El POUM i la Problemática de la Dona*, Barcelona, Fundació Andreu Nin, s/f [c. 1990].

Etchebéhère, Hippolytte (Juan Rústico), 1933: *La tragedie du proletariat allemand. Defaite sans combat, victoire sans peril*, Paris, Spartarcus, 1981.

Rústico, Juan [seud. de Hipólito Etchebéhère], "La tragedie du proletariat allemand", en *Masses*, París, junio y julio 1933.

Etchebéhère, Mika, "¡Mueran, mueran, mueran!...", en *Argentina Libre*, n° 147, Buenos Aires, 6-V-1943.

Etchebéhère, Mika, "El guerrillero niño", en *Sur*, n° 121, Buenos Aires, noviembre 1944.

"Itinerario de postguerra", en *Sur*, n° 139 (may. 1946), 140(jun. 1946), 141(jul. 1946), 142(ag. 1946), 143 (set. 1946), 144 (oct. 1946), 145 (nov. 1946), 146 (dic. 1946), 150 (abr. 1947), 151 (may. 1947), Buenos Aires.

Etchebéhère, Mika (1976), *Mi guerra de España*, Madrid, Plaza&Janés, 1987 (*Ma guerre d'Espagne a moi*, Paris, Denoël, 1976).



Piñero, Francisco M., *Cerca de los hombres. Escritos de...*, Buenos Aires, Tor, 1923, pról. s/f [¿H. Etchebéhère?].

S/f, "Hippolyte Etchebéhère", en *La Commune. Hebdomadaire du PCI*, n° 4, París, 4 déc. 1936.

Solano, Wilebaldo, *El POUM en la historia*, Madrid, De la catarata, 1999.

Fuentes secundarias

Broué, Pierre, *Histoire de l'Internationale Communiste. 1919-1943*, Paris, Fayard, 1997.

Ciria/Santinetti, *Los reformistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.

Corbière, Emilio J., "Micaela Feldman. Murió una mujer de lucha", en *El Cronista Comercial*, 23 de diciembre de 1992.

Doeswijk, Andreas, *Entre camaleones y cristalizados: los anarco-bolcheviques rioplatenses. 1917-1930*, Tesis de doctorado, inédita, defendida en la UNICAMP, Campinas, Brasil, 1998

Goldar, Ernesto, *Los argentinos y la guerra civil española*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986.

Kurzman, Dan, *Miracle of November. Madrid's Epic Stand 1936*, New York, Putnam, 1980.

M. Martine, "Ma guerre d'Espagne a moi...", de Mika Etchebéhère", en *Revue Ecole Emancipée* n° 14, 25/4/1976.

Maitron, Jean (dir.), *Dictionnaire biographique de mouvemente ouvrier française*, Paris, Editions Ouvrieres, 1964-1993, voces "Etchebéhère, Hippolyte" y "Etchebéhère, Mika", redactadas por M. Bonnel y M. Dreyfuss.

Nash, Mary, Rojas. *Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999.

Osorio, Olga, "Mika Etchebéhère, una argentina en Madrid", en *Crisis* n°71, junio 1989; "Carta abierta a Mika Etchebéhère", en *Todo es Historia* n° 272, febrero 1990.

Portela, Luis, "Mika Etchebéhère, heroica y desconocida combatiente de nuestra guerra civil", en *Historia y vida*, año XI, n° 119, Barcelona/Madrid, febrero 1978.

S/f, "Mika Etchebéhère", en *Le Monde*, 11/7/1992.

Sábato, Ernesto, *Entre la sangre y el tiempo. Conversaciones con Carlos Catania*, Buenos Aires, Seix-Barral, 1993.

Sobre héroes y tumbas, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

Tarcus, Horacio, "Insurrexit. Revista universitaria", en *Lote*, n° 8, Venado Tuerto, dic. 1987.

Material fotográfico

Album fotográfico de Hipólito y Mika Etchebéhère. Archivo Mika Etchebéhère, en el CeDInCI.



Agradecimientos

Juan José Sebreli me habló por primera vez de esta historia, a mediados de los '90, cuando descubrí entre sus papeles la carta de Mika de 1973. El paso siguiente fue conseguir *Insurrexit*, de la cual Emilio Corbière y Fernando Rodríguez me facilitaron copias invaluableles. La historia comenzaba a armarse, pero me quedaban muchos puntos oscuros. Y me resistí a una publicación parcial con la intuición de que en algún lugar de Madrid, Barcelona o París podría haberse preservado el archivo de Mika. ¿Pero en manos de quiénes: amigos, albaceas, un centro de documentación? ¿Cómo saberlo? Me orientó en la búsqueda el antiguo poumista Víctor Alba (carta al autor del 14-XI-1999), que no conoció personalmente a Mika e Hipólito, pero me dio nombres de algunos viejos militantes que podrían haberlos conocido. Fui entonces consciente de que la pesquisa debía seguirse con paso firme en España y Francia. Una vez en Madrid, a principios de enero de este año, el amigo Daniel Pereyra me contactó con Lucía y Jaime Pastor, quienes me ayudaron en mis pistas y me dieron otras buscando en su biblioteca, entre los papeles del archivo de Juan Andrade y en su libreta de direcciones. De ella emergió una tarde Emma Roca, quien me dio su vívido testimonio de la guerra, de Hipólito y de Mika, y me facilitó las cartas de Hipólito sobre Alemania. Jaime también me condujo hacia el historiador José Gutiérrez Álvarez en Barcelona; éste, por su parte, me dio los datos de la esposa e hijo de Francisco de Cabo, y ellos, a su vez, el contacto con el historiador del trotskismo español Pelai Pagés, quien a su vez me contactó con un viejo poumista, Albert Massó, residente en París. Albert y Martine, su compañera francesa, me condujeron a la casa de Ded Dinouard y Guy Prévan, depositarios del archivo de Mika. Sí, existía. El mismo día que debía partir de París, me encontré de pronto en su casa con las cartas, los cuadernos de apuntes, las fotografías que había buscado todos estos años. A Martine debo también la amabilidad de haberme hecho las primeras fotocopias, a Ded y Guy la disposición para conversar conmigo, abrirme el archivo de Mika y enviarme copias de algunas de las fotos que ilustran esta nota. Al amigo Dardo Scavino le debo la gestión para copiar el resto del archivo de manuscritos inéditos en París. Helios Prieto y su esposa Lina, en Barcelona, también me ayudaron en la búsqueda; Alma Idiart me envió copia desde Estados Unidos del libro de Dan Kurzman, y Guillermo Korn no dejó de acercarme nuevos documentos. Durante enero del 2000 consulté abundante documentación en diversas instituciones, cuya generosidad quiero destacar: el IISG de Amsterdam., la Fundación Pablo Iglesias de Madrid y la Fundación Andreu Nin. *Last but not least*, le debo a Ana no sólo las lecturas, las correcciones, las sugerencias y las reflexiones sobre este trabajo, sino este maravilloso enero madrileño que lo hizo posible.